

BELÉN IGLESIAS

# Púrpura



1ª edición: noviembre 2022

© Belén Iglesias

© De la presente edición Terra Ignota Ediciones

Diseño de cubierta: TastyFrog Studio

Terra Ignota Ediciones

c/ Bac de Roda, 63, Local 2

08005 – Barcelona

info@terraignotaediciones.com

ISBN: 978-84-126308-2-4

Depósito Legal:

THEMA: FA 2ADS

*Esta es una obra de ficción. Todos los personajes, nombres, diálogos, lugares y hechos que aparecen en la misma son producto de la imaginación del autor, o bien han sido utilizados en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas o hechos reales es mera coincidencia. Las ideas y opiniones vertidas en este libro son responsabilidad exclusiva de su autor.*

*Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.*

*Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.*

*(www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)*

## **A mi padre**

Él lo es todo para mí. Un ser extraordinario, uno entre millones, excepcional, imponente, cautivador para propios y extraños. Me contaba que gustaba de soñar despierto antes de irse a dormir, que despertaba soñando con gestas heroicas y valientes que le iban meciendo hasta el amanecer. Y es que él es así, noble, audaz, valeroso y de honor. Lo era en sus sueños y más aún en su vida, esa vida que compartía con todos los que le amamos profundamente y que hizo de las nuestras un lugar perfecto donde se podía sentir y casi tocar el amor, amor del bueno. Este libro es suyo, en mi nombre y para él. Porque si algo fui alguna vez lo aprendí con cada uno de sus alientos, de su no desfallecer, de cada paso al ponerse en pie. Seguiré por los caminos, ahora sola, pero llevaré siempre conmigo la magia de pasear cogida de tu mano.

*El agradecimiento más honesto y sincero a mi eterno amigo de vida. Por el respeto enorme que muestra a lo que soy y a la libertad que ejerzo. Por su apoyo incondicional, por el amor que compartimos, por su sentido del humor, por su generosidad que hace posible que yo pueda perseguir cada sueño que me invade, como este libro. Su colaboración en el proceso ha sido imprescindible mientras se ocupaba del resto regalándome su tiempo. Su crítica, su sentido práctico y su paciencia han hecho posible que llevara a cabo este último proyecto. Gracias por estar siempre para mí.*

## Capítulo primero

### EL LUGAR AL QUE SIEMPRE DESEO VOLVER

De aquella vida lo recuerdo todo. Recuerdo la calma en el alma, el despertar tranquilo y silencioso, las ganas, la luz y los sueños, sobre todo los sueños. El tiempo transcurría como si nada, de manera natural. No se presentía esfuerzo en el devenir de los días. El púrpura invadía cada rincón, cada paisaje, las estancias de la casa y a las personas que la habitaban. Ese púrpura destellante estaba en amigos, en amores, en amantes. A cada momento emergía y, con una abrumadora facilidad, ahora diría obscena, se hacía aire para vivir.

«Creo que Dios se enfada si pasas ante el color púrpura en el campo sin fijarte en él», frase de Alice Walker en su obra *El color púrpura* que me cautivó en un breve instante. Quedé prendida de ella, intentado entender por qué Dios podría enojarse.

Mi vida, hasta entonces, había sido deliciosamente vulgar. No recuerdo traspies, ni tristezas, ni siquiera algún melodrama romántico que comentar con amigas en aquellas hermosas y tediosas tardes de verano. Todo fluía sin que tuviera que hacer el más pequeño esfuerzo en ser *feliz*. Lo era, nada más.

Cada mañana muy temprano al levantarme me sentaba en el porche de nuestra casa, en unos sillones enormes, de gran-

des cojines donde me acomodaba y acurrucaba, me llevaba tiempo disponerlo todo hasta llegar al estado de confort deseado, pero no importaba. Me preparaba para un gran festín.

Mirada al frente, mirada contemplativa, expectante, perfilada. Ante mí y solo para mí, la inmensa Sierra de San Pedro, de derecha a izquierda, como un infinito cuadro pintado llenaba todo mi horizonte. Siempre pensé que este ritual obedecía al hecho de levantarme medio taciturna y me quedaba absorta mirando el inmenso paisaje como podría haber contemplado el árbol que tenía delante. Ahora sé que no es así. Ahora sé que toda visita es anunciada.

De entre esas vistas siempre aparecía él. Era el primero en despertar y ya, con el primer cruce de miradas te regalaba su sonrisa, sus buenos días, su atención constante, su color púrpura. Mi papá se esmeraba y esforzaba para que todos los exteriores de la casa estuvieran listos para ser disfrutados y para que nadie de los que allí vivíamos echáramos en falta el más ínfimo detalle que pudiera enturbiar o disipar aquel estado bucólico constante.

Pasábamos el día entre juegos, risas, baños, excursiones y, al llegar la noche, bajábamos a un pueblecito cercano donde los primeros escarceos de amor se escondían en las esquinas, en las calles, en el atrio que engalanaba la iglesia. Durante aquellos primeros años de adolescencia solo tuve un pequeño gran amor. Yo me perdía en el azul de sus ojos, recuerdo sus manos, sus pasos al caminar, y su apuesta figura acercándose. Creo que le quise y me gusta pensar que algo de mí quedó en él.

Los días se erguían interminables, parecían deslizarse lentamente. El tiempo se multiplicaba sobre sí mismo ha-

ciendo que nuestra genialidad y ocurrencia buscara mil maneras diferente de rendirle cuentas. En un río cercano solíamos ir «a por ranas» o a «por cangrejos» de los americanos, de esos a los que una mente privilegiada se le había ocurrido introducir en España, invadiendo el hábitat natural de muchos lugares y perjudicando a la fauna autóctona. Mi mamá los cocinaba con una salsa de tomate un pelín picante convirtiéndolos en un exquisito manjar apto para casi cualquier paladar.

En una de las granjas vecinas solíamos comprar los huevos recién puestos, cientos de gallinas apelonadas, lo que más recuerdo de aquella experiencia es la impresión de verlas a todas hacinadas en jaulas diminutas y el olor tan desagradable que desprendían.

Otras veces, nos daba por pasar el día metidos en el agua, juegos y competiciones hacían el deleite de todos. Nadar era una de mis grandes aficiones que dominaba a la perfección. Años atrás, en un pantano cercano a la ciudad, mi papá me enseñó a flotar, con increíble delicadeza sostenía mi cabeza sobre una de sus manos y con la otra mi cintura mientras me susurraba dulce y confiado:

—Mantente recta, no pienses en nada.

Siempre he sido muy de hacer las cosas tal y como me las pedían, intentando no defraudar, incluso me esforzaba en ir un poquito más allá con el ánimo de superar expectativas y despertar orgullos. No me resultó difícil aprender a nadar y conseguí hacer del agua uno de mis medios naturales donde sabía moverme con desenvoltura y cierto estilo.

En otras ocasiones hacíamos excursiones a fincas colindantes, y más de una vez tuvimos que esquivar a algún

perro que, receloso, guardaba la propiedad de su amo. En una de estas salidas fue una vaquilla la que nos hizo correr, apenas me respondían las piernas entre las risas y el miedo.

Algunas tardes las dedicábamos a «las artes culinarias»: crepes con chocolate, bizcochos o rosquillas de anís, eran nuestras recetas más ensayadas y repetidas. Mi mamá lo tenía claro:

—¡Aseguraos de que tenéis todos los ingredientes antes de comenzar y dejadme la cocina como la encontrasteis!

A veces el caos y el desastre eran inevitables, pero siempre acabábamos en torno a la mesa comiendo lo que sea que hubiéramos conseguido cocinar de aquellos antiguos libros de cocina.

La diversión siempre estaba garantizada, la edad de entonces, vivir en la idea de que todo era posible, de que eras capaz, aliñada con la cobertura de una educación y unos padres excepcionales hacían que *disfrutar* fuera el principio y el final de cada día.

En estos años viví con la certeza que el tiempo se escribía así, absurdamente confiada pensaba que aquel velo de libertad y entusiasmo incontenido lo abarcaba todo, fuera de él no había nada más.

En cualquier vida, la infancia, la juventud son alegres instantes, retales llenos de colores vivos, algodón de azúcar para endulzar recuerdos. Ninguna especia amarga marida con este menú, no sin dejarnos un regusto agrio y rudo que ni el caudal de agua más fresca pasando por nuestra garganta puede calmar. En lugar de combinar con canela o hierbabuena, que alegran y estimulan, algunos cocinamos nuestras vidas con azafrán y ajeno. Nos vemos, con extremo cuidado,

dosificando la cantidad de dolor soportable porque, al igual que el resto del mundo, deseamos deleitar nuestros sentidos con sus aromas y deliciosos dorados. Intentado a veces sin éxito que su dureza y toxicidad no nos eche a perder el festín. La vida se presentaba como un enorme pastel, y yo pensé que únicamente debía ir dando mordiscos según me apeteciera, despacio, sin prisas, porque estaba dispuesta a disfrutar con cada uno de ellos.

La felicidad para mí entonces era como la definición del «Valor» en las antiguas cartillas militares, las denominadas «cartillas blancas», también fueron verdes, incluso granates. ¿Será por colores? En tiempos de paz a los militares que no habían entrado en guerra, en el ánimo de equipararlos a todos para la evaluación final, donde ponía «valor» se añadía «se le supone».

No hubo nada allí que hiciera atisbar el fin de todo, donde ponía felicidad la vida había añadido «se la supone», pero aún estábamos en tiempos de paz.

La casa se cimentaba sobre una gran roca. Con esa misma piedra se levantaron los muros y paredes que la sostenían. Desde la diminuta brizna de hierba hasta el más imponente de los árboles habían sido pensados, soñados y plantados por mi papá. Aquel lugar le llenaba de orgullo. Había transformado una tierra reseca, vacía, un auténtico erial, donde desde hacía años los vecinos de aquel pueblecito celebraban sus romerías, en un verdadero paraíso pleno de vistas asombrosas y espacios para el disfrute.